EL ALCÁZAR DE SEVILLA.

POR

FERNAN CABALLERO.

SEGUNDA EDICION.

LA ANDALUCIA

PERIÓDICO, IMPRENTA Y LIBRERÍA.
Sevilla.—1862.

EL ALCÁZAR DE SEVILLA.

POR

FERNAN CABALLERO.

LA ANDALUCÍA.

PERIÓDICO, IMPRENTA Y LIBRERÍA.
Sevilla.—1862.

EL ALCÁZAR DE SEVILLA.

—

Magnífico es el Alcázar
Con que se ilustra Sevilla;
Deliciosos sus jardines,
Su excelsa portada, rica.

DUQUE DE RIVAS.

Difícil y aun árdua tarea es la que nos proponemos al intentar describir el Alcázar de Sevilla, porque no hay cosa más indescriptible. Difícil tarea es, repetimos, aun para nuestra paciente pluma, que, bien que mal, se complace en describir lo que la impresiona ó interesa. Como no somos historiadores ni artistas, no describiremos bajo el punto de vista histórico ni bajo el artístico este venerable de-

cano de los edificios del pais, joya del patrimonio de nuestros Reyes: harémoslo sencillamente de la manera gráfica y minuciosa con que reproduce el daguerreotipo los objetos, esto es, retratándolos sin otras impresiones que las que ellos mismos causan.

El Alcázar, castillo fuerte y residencia de los Reyes Moros, fué mucho mayor de lo que lo es en el dia. Hasta la Torre del Oro, cercana al rio, se extendian sus fuertes muros, hoy en parte arruinados, en parte fuera del recinto del actual Alcázar, y escondidos y oprimidos entre casas, sobre las cuales se alza de trecho en trecho una de sus torres, como un roble entre las zarzas que lo oprimen, para respirar en ancha atmósfera y no ahogarse mezquinamente. En el dia su recinto es mas reducido, y carece de los cuarteles, cuadras y plazas de armas que probablemente ocuparían ántes el terreno cercado. Como las construcciones del pueblo reconcentrado á que debe su orígen, carece el alcázar de fachada exte-

rior, y solo tres puertas pequeñas, sencillas y ojivales, y un postigo, dan separada entrada á tres de sus cuatro patios, al rededor de los cuales se alinean construcciones de diferentes gustos y edades, recuerdo de distintas épocas y diversos Monarcas, que se tocan, si no en la mayor armonía, en la más perfecta paz y concordia, y son todas viejas y pobres esclavas de la mansion Régia, hermosa sultana de eterna juventud.

Una de las bellezas que sorprenden y admiran á todo el que se dirige á visitar el Alcázar es la plaza llamada del Triunfo, que antecede á la entrada del primer patio, y que nos recuerda otra grandiosa plaza de la capital de Galicia, que, como ésta, solo se halla formada por cuatro edificios. Alzase al Norte la nunca bien ponderada, la nunca bastante admirada Catedral, la Iglesia de las iglesias, la honra de la católica España, santo é inefable relox cuyo minutero no ha discrepado un punto desde que la inmutable dignidad del culto católico le dió cuerda. Vése al

Poniente la Lonja, hermosa y perfecta construccion de Herrera, que en estantes de caoba conserva con el merecido decoro los preciosos documentos del archivo de Indias. Al Sur se alzan las almenadas murallas del Alcázar, flanqueadas de torres macizas que le sirven de poderosos sostenes contra el comun enemigo, el tiempo, pero que fueron impotentes contra el ejército que tuvo por caudillo al Santo Rey Fernando III. Completa esta plaza al Levante una espaciosa y bella casa particular, que no la aféa.

La puerta del Alcázar, situada en el ángulo formado por los muros exteriores de éste y la mencionada casa, da entrada al pátio de las Banderas. Cuanto sobre el orígen de este sonoro nombre hemos podido averiguar, redúcese á que es debido á un haz de banderas que sobre la puerta hubo en otros tiempos pintado al fresco. Debajo del arco de entrada y á mano izquierda hay un precioso retablo, que se ilumina todas las noches, y en cuyo centro se ve una pequeña Vírgen de la Con-

cepcion con dos lindas efigies de San Joaquin y Santa Ana á sus lados: en la parte superior y en los costados del retablo se hallan colocadas la de San José con el Niño en brazos, y las de San Fernando y San Pedro, que parecen ofrecer la espada y las llaves, con que están representados, á la Madre del Redentor. El todo forma un conjunto tan grato para la vista como para el corazon. El pátio es entrelargo, tiene en medio una fuente rodeada de árboles, y tanto al lado por donde hemos introducido en él al lector, como los dos que le son perpendiculares, se hallan compuestos de casas, sin mérito alguno artístico, alquiladas á particulares, alzándose en el opuesto la hermosa habitacion del Teniente de Alcaide, en cuyo extremo izquierdo, segun se mira, hay un arco que conduce por un estrecho y retorcido callejon al postigo de que hemos hablado y que dá salida á la calle llamada de la Vida, al paso que en el costado derecho se encuentra una gran puerta coronada con las armas Reales y que da ingreso á un cuer-

po de edificio construido por Felipe III y reparado por Felipe V, que colocó en sus salones altos la Real Armería. Entrase por dicha puerta en un vasto corredor ó vestíbulo sostenido por columnas, llamado el Apeadero, y encuéntrase en frente un antiguo y venerable retablo. En el ángulo izquierdo un callejon bajo de techo, termina en una cancela de hierro que da entrada á los jardines. En el derecho hay en direccion perpendicular una galeria que tiene á la derecha dos casas y á la izquierda la verja de un pátio llamado de Doña María de Padilla, y que el actual Teniente de Alcaide, con el buen celo que le distingue, ha convertido en jardin.

Al otro lado de éste y en frente de la verja de que hemos hecho mérito, vése el cuerpo de edificio construido por el Emperador Cárlos V, para celebrar en él sus bodas con la Infanta Doña Isabel de Portugal, y que consiste en inmensos y vacios salones, de los que unos dan á este nuevo jardin y otros á los antiguos del Alcázar. En el principal de dichos salones

se verificó el régio enlace el 10 de Marzo de 1526, solemnizando el invicto Monarca este acontecimiento, con dar libertad en el mismo dia al rey Francisco I de Francia, preso en la torre de los Lujanes de Madrid desde la inolvidable victoria de Pavia.(1) En otro salon de aquellos, llamado la sala Cantarera, celebró mucho tiempo sus sesiones la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, á que Sotelo, Reinoso, Lista, Arjona, Mármol, Roldan y tantos otros hombres ilustres pertenecieron, y que estuvo en posesion de él, desde que en 1752, al año de haber sido fundada por el docto Sacerdote Don Luis German, fué acogida bajo la Real proteccion por Fernando VI, hasta 1848 en que el entónces Teniente

(1) La mayor parte de las noticias que insertamos, concernientes á la historia y á las artes, las hemos debido al Capitan de Artilleria el Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, joven cuya instruccion y talento solo son comparables á la modestia que los avalora, y á la nobleza y bondad de su carácter.

de Alcaide la hizo desalojar, sin respetar la concesion hecha á este célebre cuerpo literario por su Régio Protector, ni el haberle sido confirmada por nuestra augusta Soberana en 1842, y sin que hayan sido despues eficaces todas las gestiones de la Academia para volver á ocupar su antiguo é histórico local.

Termina la galeria ántes expresada, en otro pátio, que es el principal, y que comunica por un arco con otro estrecho y largo, llamado de la Montería por haber sido residencia de los leales Monteros de Espinosa. A un extremo está la puerta que debe su nombre al Leon de España, que, con una mano puesta sobre la lanza y una cruz en la otra, se vé pintado encima, ostentando éste que fué su magnífico lema: AD UTRUMQUE.

Imposible nos es contemplar sin avergonzarnos, este leon, símbolo glorioso de la antigua España!

En el pátio de la Montería se halla un vasto y notabilísimo aposento llamado la Sala de Justicia, que es acaso la cons-

truccion más antigua del Alcázar y la más puramente árabe. En él se reunian los jueces; y cuando hablemos del dormitorio del Rey D. Pedro, referiremos una tradicion que une lúgubre y justicieramente el nombre de este Monarca al de la sala expresada.

Vueltos al patio principal, dirémos que en el frente opuesto al arco por donde se sale al de la Monteria, álzase, deslumbrando al que la mira, la árabe fachada del Régio Alcázar. Pero antes de entrar en éste, sigamos un pasadizo, que de el patio principal conduce al otro, que es el más moderno, el más chico, el mas simétrico y el más triste de todos, que se llama de la Contratacion, y que debe su restauracion á los comerciantes que allí tenian sus juntas y hacian sus contratos cuando se hallaba en auge el comercio de Sevilla con América.

Ya en la fachada deslumbran los vivísimos colores y el oro, que constituyen el régio manto de esta encantadora mansion. La entrada carece á nuestro enten-

der de grandeza, privándole una pared de la vista del magnífico patio de las Doncellas, al que conduce una pequeña puerta lateral. Hállase este patio rodeado de cincuenta y dos columnas de mármol, de las que cuarenta están apareadas, formando las doce restantes cuatro grupos de á tres en los ángulos. Sobre estas columnas álzanse veinte y cuatro arcos piramidales, formado cada uno de trece semicírculos, ménos los cuatro que ocupan el centro de cada frente, que constan de quince; rodeando el patio una galería, cuyos muros, asi como los de los arcos, están cubiertos de arabescos, y tienen formados sus zócalos de aquel brillante y perdurable alicatado peculiar á los moros.

Frente á cada uno de los cuatro arcos centrales, que son mayores y ménos agudos que los demas, hay en la galería una gran portada, de las que una comunica al salon de Embajadores, otra al llamado de Cárlos V, otra á otro salon, y la restante constituye el emplazamiento en que, segun es fama, se colocaba el trono de los

Reyes moros para recibir el feudo de las Cien Doncellas impuesto á sus vasallos por el usurpador Rey de Asturias Mauregato, y pagado anualmente á los árabes en recompensa de haber auxiliado á aquel para apoderarse de la Corona, hasta que su sucesor, el gran Rey D. Alfonso II el Casto, redimió á los cristianos de tan vergonzoso tributo, gracias á sus brillantes victorias sobre los infieles.

De verificarse en este pátio la entrega de las Cien Doncellas, pretende la tradicion que se deriva su nombre.

Dos de los tres pequeños ajimeces ó claraboyas caladas que hay encima de la magnifica puerta de alerce que conduce al salon llamado de Cárlos V, por haberlo reedificado este Soberano y sustituido á su antigua techumbre el precioso artesonado que hoy se admira en él, tienen en su parte superior dos cabezas árabes cubiertas con sus turbantes, una de hombre y otra de mujer. Segun tradicion, son retratos del alarife que el Rey D. Pedro hizo venir de Granada para reconstruir el

antiguo Alcázar, y de su esposa, puestos en aquel paraje por órden del Monarca para perpétua memoria.

El piso superior lo forma una galería jónica construida por Cárlos V, cuyo magnífico *Plus ultra* ostenta tambien este pátio.

Pásase del pátio que hemos descrito al salon de Embajadores, que eleva su soberbia cúpula sobre todas las demás techumbres del edificio. Compónese cada uno de sus cuatro frentes, de un bellísimo arco, tres de los cuales tienen otros tres embutidos; sobre cada arco grande hay tres claraboyas figuradas y caladas como encaje; encima de los cuatro grandes arcos, se ven cuarenta y cuatro más pequeños embutidos en el muro; sobre estos hay un balcon en cada fachada, y encima de ellos y circundando el salon; una série de retratos de los Reyes de España, dentro cada uno de un arco gótico; álzase finalmente la majestuosa media naranja artesonada que corona el salon.

Impotente nuestra pluma para descri-

bir debidamente este salon y referir las impresiones que el recuerdo de la trágica escena ocurrida en su recinto el 19 de mayo de 1358 despierta, y de que, segun afirma la tradicion, son evidentes testimonios las vetas rojizas que manchan las losas del pavimento, y que se suponen producidas por la sangre del Maestre don Fadrique al ser muerto por los ballesteros de su ofendido hermano el Rey D. Pedro de Castilla, dejemos hacerlo al primero y más nacional de nuestros poetas contemporáneos, al Duque de Rivas:

Mas ¡ay! aquellos pensiles
No he pisado un solo dia
Sin ver (¡sueños de mi mente!)
La sombra de la Padilla.

. . . .

Ni en el aposento régio,
El que tiene en la cornisa
De los Reyes los retratos
El que en columnas estriba.
Al que adornan azulejos
Abajo, y esmalte arriba,
El que muestra en cada muro
Un rico balcon, y encima

El hondo arteson dorado
Que lo corona y atrista,
Sin ver en tierra un cadáver;
Aun en las losas se mira
Una tenaz mancha oscura....
¡Ni las edades la limpian!....
¡Sangre! ¡Sangre!!... ¡Oh, Cielos, cuántos
Sin saber que lo es, la pisan!

Del salon de Embajadores se pasa á un patio de no grandes dimensiones, pero de imponderable belleza. Llámase de las Muñecas, y se compone de diez arcos, de los que los cuatro centrales son mayores que los restantes. Sostiénenlos columnas de mármol, y tanto sus muros como los de la galería que forman, y los dos pisos superiores, son literalmente de finísimo y delicado encaje. Es todo blanco, y ha sido resguardado de la accion de la intemperie, colocando sobre él una elegante cubierta de cristales.

Solo el lápiz y el pincel unidos, pueden dar idéa de la caprichosa variedad y belleza de los adornos, de que asi el salon y los dos patios de que hemos hecho mérito,

como las demás estancias del piso bajo del Alcázar, tienen revestidos sus muros, y de lo admirable de los artesonados. Por todas partes deslumbran el oro y los mosáicos compuestos de los mas vistosos colores. Las ventanas, divididas á lo morisco por finas columnitas, dan la mayor parte á los jardines, los cuales tendrian quizás el aire demasiado grave, si la severidad de los naranjos y bojes que unos contra las paredes, otros sirviendo de marco á los cuadros, no discrepan de la etiqueta, no estuviera paliada por el murmullo de las fuentes, la espléndida alegría del cielo y la lontananza de sus horizontes que nada interrumpe, por concluir los jardines en los muros de la ciudad, y que les dan el silencio y el apacible encanto de la soledad.

El segundo piso del edificio fué levantado en su mayor parte con posterioridad á la construccion árabe y á la reedificacion hecha por D. Pedro. En él existen muchos hermosos salones con magníficos artesonados, (entre ellos una estancia ad-

mirable que dá á la fachada, y cuyas paredes sostenidas por columnas, revisten el oro y los colores, y los mismos encantadores arabescos que embellecen los aposentos del piso bajo), y un lindísimo oratorio de arquitectura gótica, fabricado de órden de los Reyes Católicos, y de gusto semejante al de la iglesia de San Juan de los Reyes en Toledo.

El altar, que es de azulejo, representa la Visitacion de Nuestra Señora, viéndose en el frontal la Anunciacion, y entre muchos adornos la bella y memorable divisa de los augustos Fundadores Tanto monta, (1) con el yugo, y sus iniciales F. I.

En este mismo piso se encuentra el dormitorio del Rey D. Pedro, que es la última habitacion situada en el lado izquierdo del Alcázar, mirando hácia los jardines. En el techo de la parte del muro comprendida entre dos puertas, que una tras otra cierran una de las entradas de esta estancia, se ven pintadas cuatro ca-

(1) Tanto monta Isabel como Fernando.

laveras, y junto á otra puerta una figura esculpida en estuco, que representa un hombre sentado contemplando otra calavera. Hé aquí la tradicion á que esto se refiere. Cuéntase que escuchando un dia el Rey á quien la historia llama *el Cruel*, y las tradiciones y la poesía *el Justiciero*, una deliberacion entablada en la sala de Justicia por cuatro jueces que acababan de oir la relacion de cierta causa, vino en conocimiento de que trataban de torcer la ley del lado de la *dádiva*, y del modo de repartirse las que en premio de su infamia les habian sido ofrecidas. Presentóse el Monarca indignado ante ellos, y haciéndoles cortar acto contínuo las cabezas, dispuso colocarlas para eterno escarmiento en el sitio donde hoy se ven las calaveras. Andando el tiempo fueron quitadas de allí las cabezas, y sustituidas por las calaveras y la figura que parece llamar la atencion sobre ellas, como indicando el fin reservado por la justicia del Rey á los jueces prevaricadores.

Una pequeña y casi escondida escalera,

única que existia en el antiguo Alcázar, —pues la grandiosa principal que hoy une los dos pisos, y que pertenece al Renacimiento, es del tiempo de Felipe II, y se halla fuera del recinto de aquel,—comunica desde el dormitorio de D. Pedro á una capilla situada en el piso inferior, en lo que fuéron habitaciones de Doña María de Padilla, y por ella diz que bajaba el Rey á distraerse de las ingratitudes y falacias de que fué siempre víctima, al lado de una mujer amante y fiel.

Un terrado se extiende ante las habitaciones altas, y otro ante las bajas, y conducen desde ellas á los jardines. Llámanse jardines, por estar divididos, no sabemos con qué objeto. La última division que al frente parte el jardin en dos, es debida al Asistente D. Francisco Bruna, que malgastó en ello bastante dinero.

Por la izquierda termina el jardin en una prolongada galería techada, por la cual puede pasearse en los dias lluviosos, y que separa á aquel de la extensa huerta perteneciente al Alcázar. Cubre la

galería una azotéa, que es otro nuevo paseo, en extremo agradable por las buenas vistas que ofrece; pero ninguna mas grata que el contraste que forman de una parte aquellos régios jardines con su majestad, su órden y su silencio, y de otra la casita del hortelano en su pintoresco desórden, con su parra por toldo, sus gallinas y pollos por cortesanos, sus legumbres por riqueza, sus flores por lujo, y su alberca habitadas por ranas, á dos pasos de los históricamente famosos y régios baños de las Sultanas, y más tarde de Doña María de Padilla. Entrase en ellos por el jardin, y están hoy bajo el patio que lleva el nombre de esta dama, levantado en tiempo de Cárlos V. En lo antiguo se hallaban rodeados de naranjos y limoneros que bebian sus aguas, y cubierta únicamente su parte superior. Consisten los baños en una larga alberca, que tendria en aquella época agua siempre corriente para abastecerla.

Cuéntase que, miéntras se bañaba la hermosa favorita le hacian tertulia el Rey

y sus cortesanos, lo cual deja de ser tan escandaloso como á primera vista pudiera aparecer, si se considera que hoy mismo es costumbre en algunas partes recibir en el baño, y aun en ciertos parajes bañarse muchas personas de ambos sexos reunidas, como se verifica en los de Biarritz, en Francia, y en los de Bath en la pulcra Albion. La galantería de aquellos tiempos habia introducido la costúmbre de que, los caballeros bebieran del agua misma en que se bañaban las damas. Así lo verificaba en el baño de Doña María el Rey D. Pedro y sus cortesanos. Notó un dia el Rey, que uno de estos no lo hacia, y dirigiéndose á él le dijo: ¿Por qué no bebes? Prueba esta agua y verás cuán buena y fresca es.—No haré tal, Señor, contestó el interpelado.—¿Por qué? tornó á preguntar picado el Monarca.—Para evitar, Soberano Señor, repuso el interrogado, que si encuentro agradable la salsa, vaya á antojárseme la perdiz.

A la entrada de los jardines, por la cancela de hierro de que casi al principio

de estas páginas hablamos, y que es la que en ciertos dias se franquea al público, hay un magnífico estanque de más de tres varas de profundidad, apoyado en la galería que separa los jardines de la huerta, y en cuya pared se ven todavía bellísimas pinturas mitológicas, que ni el ardiente sol ni los violentos aguaceros de Andalucía han podido deslustrar.

De este estanque se refiere, que hallándose muy preocupado D. Pedro con la idea de á qué Juez confiaría el sentenciar un pleito sumamente enmarañado y oscuro, cortó una naranja en dos mitades, y colocó una de estas sobre la superficie de las aguas del estanque. Hizo venir á un Juez y le preguntó qué era lo que sobrenadaba. Contestóle el Juez que era una naranja, y descontento el Rey lo despidió, mandando llamar sucesivamente á otros varios Jueces de quienes, habiéndoles hecho la misma pregunta, obtuvo tambien la misma respuesta. Llegó, por último, uno que al escuchar la pregunta del Rey, desgajó una rama de un

árbol, y trayendo con ella hácia sí el objeto á que aquel aludia, lo sacó del agua: Es media naranja, Señor, contestó entónces.—Tú serás, dijo el Rey, quien sentencie la causa, y la puso á su cuidado.

No debemos pasar por alto una cosa que entusiasma á algunos, y asusta á otros de los muchos que visitan los jardines del Alcázar. Nos referimos á un juego de aguas que hace brotar de repente entre los ladrillos de los paseos, gran cantidad de saltadores, que formando prismas con los rayos del sol poniente, causan bellísimo efecto y parecen otros tantos movedizos penachos de brillantes.

Tambien hay un laberinto de arrayan, caro á los niños, que los atrae y asusta como todo lo misterioso.

Hay otra cosa en estos jardines, que sin ser cosa artística ni régia, sin recuerdo histórico y sin ayuda del tiempo ni del hombre, encanta y admira, y es los ruiseñores que no buscan recuerdos ni bellezas, sino verde hojarasca.

No podemos concluir de hablar del Alcázar, sin dedicar un recuerdo á este huésped de sus jardines, porque él á su vez nos trae á la memoria los amigos queridos y sinpáticos en union de los cuáles, y sentados con ellos al rededor de una fuente, hemos quedado tantas veces mudos y absortos escuchando los mismos sonidos que oirian las grandes figuras, cuyos hechos han quedado impresos en las páginas de la historia, y cuyas huellas se estamparon en los mismos sitios que recorríamos. Una série de siglos, con los personajes y cosas que en cada cual figuraron, pasaba lentamente ante nuestra vista, trayéndonoslos á la memoria como repite un lejano eco los debilitados sonidos de distintas tocatas. Entónces, cual nunca, sentíamos lo que Mr. Ernesto Reuan, Miembro del Instituto francés, ha expresado no há mucho en las siguientes palabras (1): «¡Lo pasado es tan poético! ¡Lo porvenir lo es tan poco! Hay más

(1) *Revista francesa de ambos Mundos*, 15 de agosto de 1857, página 768.

mérito en amar lo que fué, que en amar lo que será. Ciertos séres privilegiados aman las cosas antiguas y gastadas, porque las ven débiles y abandonadas, y porque la multitud se aglomera en otras direcciones. En esto consiste el secreto de su fuerza: pues en medio de esa humanidad ligera que rie, se divierte y se enriquece, conservan lo que constituye la fuerza del hombre, y lo que á la larga dá siempre la victoria, esto es, la fé, la gravedad, la antipatía á todo lo vulgar, el menosprecio de la frivolidad.»

Mal hemos llenado nuestro cometido (1); pero venga todo aquel que quiera co-

(1) No puede leerse nada más exacto, interesante y poético que la descripcion del Alcázar hecha por el Excmo. Sr D. Antonio de Latour, Ayo que fué de S. A. R. el Sr. Duque de Montpensier, y actual Intendente de su casa, en su notable y erudita obra titulada: *Etudes sur l'Espagne*. Recomendamos á todos los que despues de leer estos ligeros apuntes deseen adquirir mayores noticias sobre el Alcázar, que lean el capítulo 4.° del tomo 1.° de tan curiosa é interesante obra, que dicho sea de paso, no creemos se haya traducido aun. ¡Tal es por desgracia entre nosotros la falta de espíritu público; tristemente absorbido por la política!

nocer bien esta joya de España á la hospitalaria hija del Bétis; cuando le admire la Lonja, le encante el Alcázar y le entusiasme la Catedral, conocerá cuán difícil es describir en lisa y llana prosa lo que se siente al contemplarlos. No ha sido este tampoco el objeto que nos hemos propuesto al trazar las presentes líneas. Al ver que la época actual, que tiene tantas trompas para publicar lo que es triste y malo—ó lo que sin ser malo hace que lo parezca,—no ha tenido fuera de Sevilla ni una débil voz para publicar la buena y satisfactoria nueva de la hermosa restauracion de este Alcázar, cuya importancia es la de un verdadero acontecimiento nacional (por más que no sea un ferro-carril), hemos querido solo evitar que quede desatendida, y contribuir en algo á que todo español amante de las bellezas artísticas y de los monumentos históricos de su pátria, tribute á nuestros Reyes la gratitud á que en esta, como en tantas otras ocasiones, se han hecho acreedores, y sus aplausos al actual Teniente

Alcaide Don Alonso Nuñez de Prado, á cuya iniciativa, celo y constancia es debida la conservacion de esta joya de España, que con la cooperacion del eminente artista el Sr. D. Joaquin Becquer ha llevado á cabo.

FIN.

Este folleto se vende á dos reales que han sido destinados por su autor para la piadosa casa de refugio de pobres arrepentidas que no cuenta con mas renta que los dones de la caridad.